

EDIL RAMÍREZ (Javier).- Muchas gracias, señora presidenta.

Un cordial saludo a todos los presentes en la noche de hoy.

Decían las crónicas del periodista Francisco Umbral, del *Diario El País de Madrid*, en la entrevista que le hiciera al escritor uruguayo contemporáneo Juan Carlos Onetti durante su autoexilio en España. Dicho periodista mencionaba las bondades de los uruguayos y sus capacidades de mantenerse neutrales ante acontecimientos globales. Y el hecho resaltable de que somos, por naturaleza, templados y bastante grises.

A lo que Onetti contesta, desde su más profundo anarquismo: “¡Ay de los templados! nunca serán cálidos ni fríos. ¡Ay de los grises!, que no son blancos ni negros”.

(Murmullos).

EDIL PEREIRA (Leonardo).- ¿Puede ampararlo en el uso de la palabra?

PRESIDENTE.- Señores ediles, por favor, hacemos silencio.

EDIL RAMÍREZ (Javier).- El diccionario de la Real Academia Española define al odio como antipatía, aversión hacia algo o hacia alguien cuyo mal se le desea.

Asistimos a diario, y vemos como algo normal, **situaciones de odio en nuestra sociedad**. Ya desde los medios masivos de comunicación en horarios centrales, donde la familia reunida mira la televisión, se colocan programas en el que se cultiva la estrategia de unos contra otros, en una experiencia grupal, y el único motivo es mostrar todo lo aberrante, las dificultades o miserias humanas, para obtener un premio, un reconocimiento al ganador de esa experiencia televisiva. Y nada escapa al flagelo del odio, ni a los odiadores seriales, disfrazados de la gran cosa, pero con un único y despreciable motivo: destruir al otro para prevalecer. Sea desde la cobardía de las redes sociales, sea desde cualquier parámetro donde asistan o acudan con algo de exposición mediática. (m.g.g.)

Nada se escapa. No hay rincón ni institución que se vea libre, ni siquiera el Senado o el Parlamento: el odio campea y se hace eco, resuena en los hemiciclos, hace ruido en los salones de mármol, en los corrillos. Tiemblan las instituciones ante el ataque feroz e irracional del odio.

Se decía en los talleres del último Congreso de Equidad y Género en la ciudad de Artigas: “El odio es enseñado, el odio es aprendido. Ningún niño o niña nace con ese estigma. Al odio y a odiar se les enseña, quizás por eso deben de rendir y prestar examen de lo aprendido”.

Esta Junta Departamental no escapa al odio ni a los odiadores, lo sabemos sobremanera. Para eso hasta se nos gritan las consignas, las directrices grandilocuentes. De esa única manera se muestra, o demuestra, que no siempre el grito acompaña la razón o avala el sentido. El grito es desespero, el grito es un accionar de impotencia pura e inmadurez política. También lo es la intolerancia, el despotismo y la petulancia.

¿Cómo vamos a construir desde el más puro desprecio? ¿Cómo vamos a reaccionar ante el odio creado a partir de actos reñidos con las buenas costumbres de convivencia ciudadana?

Creo que estamos llamados a ser mejores personas, mejores vecinos, mejores ediles y mejores edilas, llevando adelante tareas en beneficio de la población.

A las situaciones odiosas el común de la gente no las avala ni las respalda. Estas, mis palabras, sugieren un llamado imperioso a la reconciliación social, a que seamos partícipes activos de diálogos y consensos sin odios, sin desprecios, en actos de tolerancia profundos y removedores donde acudamos con una finalidad específica: la convivencia; convirtiendo al templado en cálido o frío, al gris en blanco o negro, sin matices.

Muchas gracias.

PRESIDENTE.- Muchas gracias, señor edil.

(Aplausos).

Por favor, no podemos manifestar. Aunque lo queramos, no podemos.

EDIL RAMÍREZ (Javier).- De ser posible, quisiera enviar destinos...

PRESIDENTE.- Por supuesto, está en su derecho.

EDIL RAMÍREZ (Javier).- A todas las bancadas de esta Junta Departamental y al Congreso Nacional de Ediles, por favor.

PRESIDENTE.- Perfecto.